

¡Huy! Por qué todo el mundo debe a todo el mundo y nadie puede pagar

John Lanchester, Barcelona, Anagrama, 2010

Tuvo que venir un novelista, John Lanchester, para desvelar las causas de la crisis económica. Mientras, los economistas oficiales, los políticos acomodados, los corredores de bolsa, los presidentes de los bancos centrales y los gurús de los mercados continúan mudos o balbucean, sin entusiasmo, desatinos sobre la mayor catástrofe económica acaecida desde 1929.

¿Por qué tanta torpeza y engañifa tiene que ser redimida por quien no tiene títulos de conocimiento acreditados para ello? Primero, porque el señor Lanchester carece de los prejuicios deformadores que han provocado la ceguera interpretativa de los economistas oficiales. En segundo lugar, porque el señor Lanchester conoce de primera mano cómo funcionan las entidades financieras, al margen de lo que al respecto dice la teoría neoliberal que, dicho sea de paso, no es más que doctrina sobre la que se sostiene una fe altamente perniciosa. Y en tercer lugar, porque al señor Lanchester, a diferencia de muchos economistas descartados, no le unen intereses turbios y personales con un sistema económico moribundo que se ve en la obligación moral de explicar.

¿Qué peripecia llevó a Lanchester, periodista y novelista de profesión, a escribir sobre economía con pericia y autoridad? Su biografía ofrece las claves. De nacionalidad británica, Lanchester nació en Hamburgo, creció en Calcuta, Rangún, Brunei y Hong Kong. Después estudió en Oxford y se casó en EEUU. Además, su padre, empleado de banca, le mostró las entrañas y el funcionamiento de la industria financiera desregulada. Tuvo la fortuna, por tanto, de conocer desde niño países que entraron en procesos muy profundos de transformación económica y social en los que, además, se aplicaron a conciencia los dogmas del credo neoliberal. Sus años en Hong Kong resultaron especialmente instructivos. Allí comprobó cómo se construye una sociedad en la que dominan los mercados salvajes, sin regulaciones, sin servicios públicos, con impuestos ridículos para los pudientes y con un gasto público reducido a la mínima expresión.

Sostiene Lanchester, y no le falta razón, que el neoliberalismo no habría pasado de ser una secta curiosa y minoritaria de no haber coincidido con la crisis y el hundimiento del bloque soviético. Pero al desaparecer éste, el capitalismo fundamentalista se envalentonó. Sin adversarios dignos de mención sus ideólogos se lanzaron a la carrera por alcanzar la hegemonía cultural no sólo de los países occidentales sino del resto del mundo. Primero conquistaron buena parte del corazón y del alma de los norteamericanos. A la vez, se extendían por Gran Bretaña con gran eficacia y pronto atravesaron el Canal de la Mancha. Cuando se hundió el bloque soviético sus enseñanzas prendieron en Europa del Este, región saturada de ideología política y postrada en una crisis muy profunda fruto del fracaso de sus economías. Después pasó a China, aunque allí el capitalismo salvaje demostró una vez más ser perfectamente compatible con la dictadura política. Dos décadas antes, para su desgracia, en varios países hermanos de Latinoamérica hubo una profunda compenetración entre el ultraliberalismo y la dictadura militar que mostró el camino a seguir en el futuro para ensayos de mayor envergadura. Mientras se producía este despliegue, en Europa la

izquierda clásica se descomponía y la socialdemocracia iniciaba un proceso de aproximación a los dogmas ultraliberales que provocó su desdibujamiento no por anunciado menos lamentable.

A la vez que la doctrina neoliberal conquistaba las mentes de los hombres se dismantelaban los mecanismos de seguridad que protegían a los mercados, especialmente el financiero, de sus propios excesos. Y lo mismo les ocurrió a las redes de protección social que habían funcionado sin interrupción desde el final de la Segunda Guerra Mundial bajo el Estado del Bienestar. Lo que aconteció en el curso de las dos últimas décadas del siglo pasado fue, por tanto, un asalto sistemático y organizado contra un sistema de capitalismo regulado que, mal que bien, había proporcionado seguridad, crecimiento y redistribución de la riqueza, aportando las bases para que Europa occidental disfrutara del mayor período de estabilidad y de paz vivido en mucho tiempo.

Los gobiernos neoliberales abolieron los controles de cambio, destruyeron servicios públicos, regalaron al sector privado actividades públicas de enorme importancia, intentaron quebrar el poder de los sindicatos, rebajaron la fuerza de trabajo a la condición de mercancía, perdonaron impuestos a los más ricos, malbarataron el Estado, redujeron los controles financieros y suprimieron las barreras que hasta entonces habían separado a la banca minorista de la banca inversora en acciones y demás valores. Dicho en pocas palabras, eliminaron todas las medidas de seguridad que habían contenido el potencial destructor del capitalismo financiero. Y lo hicieron sólo para satisfacer la codicia ilimitada de unos pocos. Los gobiernos neoliberales sacaron la fiera de la jaula y la fiera, atendiendo a su impulso natural, acabó devorándolo todo.

El autor dedica buena parte del libro a explicar cómo la eliminación de las barreras y controles sobre el sistema financiero permitió la emergencia de nuevos gestores que inventaron toda clase de artimañas, impensables con las regulaciones anteriores, para ganar dinero a espuestas, sin ninguna base material y endosando riesgos temerarios y pérdidas astronómicas a terceros que, al final, acabaron pagando los trabajadores.

En ese ambiente del “todo vale” los bancos no sólo asumieron riesgos inauditos sino que los presentaban orgullosos como su activo principal. Se llegó al disparate de considerar que a mayores deudas contraídas por terceros (muchas de las cuales eran de muy dudoso cobro) mejor balance general y, en consecuencia, mejor posición financiera del banco, con lo que sus acciones subían como la espuma y, con ellas, las remuneraciones de sus directivos. A los gestores de los bancos no les importaba que las ratios de apalancamiento (factor por el que hay que multiplicar el patrimonio neto para igualar el activo) de sus entidades estaban más allá de la zona de peligro (en una relación escandalosa de 40 a 1 de media.) Todo lo contrario: cuanto mayor era el riesgo que corrían más cobraban, y cuanto más cobraban más riesgo asumían. Por eso las apuestas suicidas de los capitanes de las finanzas no dejaron de subir hasta la víspera del comienzo de la implosión del sistema financiero mundial, un 14 de septiembre de 2007.

El peligro de catástrofe fue de tal magnitud que entre 2007 y 2008 se produjo la mayor intervención gubernamental de la historia a favor de bancos y aseguradoras en quiebra,

EL TEXTO DE ESTA RESEÑA ES PROPIEDAD DE IU DE AZUQUECA DE HENARES
RESEÑA PUBLICADA EN www.iuazuqueca.org

en suspensión de pagos o en una situación muy delicada. Northern Rock, AIG, Merrill Lynch, HBOS, Goldman Sachs, Morgan Stanley, Fortis, Bradford and Bingley, Hypo Real Estate, RBS, Fannie Mae, Freddie Mac y todo el sistema bancario islandés, recibieron dinero de los ciudadanos en cantidades desconocidas así como apoyo de los gobiernos para impedir que se hundiesen para siempre.

En octubre de 2008 el sistema financiero británico estuvo a punto de quebrar definitivamente. Mientras tanto, el de Islandia, muy ligado al británico, no pudo soportar la presión y colapsó. Problemas similares acontecían en EEUU y otras economías capitalistas. De repente, empresarios, políticos y banqueros que habían abogado hasta ese momento por el capitalismo salvaje pidieron, en un ejercicio de desmemoria y de cinismo sin límites, ayudas públicas y la suspensión temporal del funcionamiento del capitalismo que habían contribuido a crear.

La ideología de la City londinense, inspiración de Thatcher, había saltado en pedazos. La confianza, que es la base del crédito y del negocio bancario, se fue por el desagüe. Los bancos, enfrentados a su descarnada situación, dejaron de prestar y de prestarse. Tenían que “desapalancar” sus posiciones y para ello acumulaban cada céntimo que podían atesorar. En un mundo del revés los bancos en vez de prestar tomaban prestado. La liquidez les llegó de fondos públicos, es decir, de los contribuyentes. Ese dinero no se puso en manos de los bancos para que éstos, a su vez, prestaran a las empresas en las que trabajaban esos contribuyentes sino, bien al contrario, para resolver su calamitosa situación y tapar sus enormes agujeros.

Cuando los bancos cortaron el crédito a las empresas comenzaron a subir las cifras del paro y en aquellos países en los que la crisis financiera coincidió con otra burbuja especulativa, por ejemplo en la construcción, el paro se disparó hasta cifras de emergencia nacional. En consecuencia, los contribuyentes pagaron varias veces los desmanes de la banca: todos con sus impuestos, muchos perdiendo su empleo y algunos perdiendo hasta la casa.

Los gobiernos auxiliaron a los bancos, tanto más cuanto más liberales eran, sin condiciones y a sabiendas de que esas fabulosas cantidades que inyectaban en sus cajas iban a provocar un abultado déficit público, en la seguridad de que ya lo explicarían llegada la ocasión con bastardos argumentos y mejores conclusiones.

En consecuencia, la irresponsabilidad y la avaricia de unos pocos provocó el paro de millones de trabajadores. Además, la generosidad de los gobiernos hacia los banqueros pronto contrastó con los recortes sociales que esos mismos gobiernos aplicaron en sus países con el objetivo falso de “salir de la crisis”: reducción de derechos laborales, aumento de la edad de jubilación, recortes sociales, colocar al Estado en un lugar residual, etc. Una vez más, como si la experiencia fuese inútil para el ser humano, en vez de conjurar las causas de la crisis, los gobiernos se pusieron de acuerdo para arremeter contra las víctimas, trabajadores, parados y pensionistas, dejando de nuevo las manos libres a la batahola de sinvergüenzas y delincuentes que trajeron tanta ruina.

Una mención especial merece el capítulo dedicado a explicarnos en qué consistían los nuevos productos financieros que iban a revolucionar el mundo del dinero y que, a la postre, casi destruyeron las finanzas privadas internacionales. Empezando con los nuevos derivados financieros sobre acciones (opciones, futuros, CDS o Credit Default Swap sobre hipotecas), capaces de provocar quebrantos gigantescos en décimas de segundo, y terminando con las “obligaciones de deuda colateralizadas sintéticas” o CDO inventadas por la banca J. P. Morgan, que también generaron pérdidas colosales que acabaron pagando los contribuyentes con su dinero y sus empleos. Estos productos financieros, auténticas armas de destrucción masiva de las finanzas, fueron presentados como innovaciones con las que controlar con total precisión el riesgo económico cuando, en verdad, no eran más que artimañas de fulleros que funcionaron sólo en la medida en que les daban validez legiones de incautos movidos por la codicia. Esta enorme bola de mentira estaba, además, avalada por las mejores notas de calificación de agencias con nombres de opereta como Moody’s (que irónicamente significa en lenguaje coloquial ilícito, inseguro, falso) y Standard & Poor’s. Mientras se produjo esta contrarrevolución silenciosa medraron toda clase de desvergonzados y delincuentes de las finanzas, estafadores con más flores que mayo en la baraja dispuestos a dejar en cueros vivos a todo aquel que se pusiese en su punto de mira. Una vez pasado el primer vendaval furioso podemos decir que ni unos ni otros han pagado una milésima parte del perjuicio producido, y está por ver que lo hagan alguna vez.

Cuando esta enorme bola de mentiras reventó se lo llevó todo por delante excepto a los directivos que la provocaron y a los falsos reguladores que la consintieron. Como es bien conocido, los caballeros de la arrebatiña, con sus trajes impecables y sus coches caros, tienen la piel dura por lo que es previsible que seguirán cortando la bolsa ajena si no se pone remedio drástico antes.

El ensayo de Lanchester nos habla de cómo funcionan los mercados formados por personas cuando éstas se mueven impulsadas por la codicia y sin nada que las frene. En un escenario así las personas son capaces de lo peor con tal de alimentar una ambición individual sin límites. Esta es la utopía del capitalismo neoliberal que ha conducido, y lo seguirá haciendo, a una catástrofe necesaria. Por ello, el libro de Lanchester, que comienza con una interjección de asombro, termina con otra interjección no menos oportuna, aunque ahora de hartazgo: “basta”

Finalmente, este ensayo nos lleva a considerar que hay que reformar urgentemente los estudios universitarios de economía.

La mayoría de los economistas que pontificaban con enorme aplomo sobre las bondades del mercado y de las finanzas desreguladas mostraron, una vez que se desató la crisis, que para ellos la debacle fue un fenómeno sorprendente, imprevisible, un accidente fortuito de la naturaleza, una calamidad hija del azar que les pilló subidos en la higuera de la inopia. Malo fue que no supieran predecir el pedrisco de la crisis pero aún fue peor que el meteoro no les cayese sobre la mollera a modo de penitencia. Al faltarles el castigo no se sintieron en la obligación intelectual de rectificar sus dislates ni en el deber de pedir excusas por su negligencia. Además, muy pocos les afearon la conducta y nadie les exigió daños y perjuicios. Como diría el castizo, se fueron de vinos.

EL TEXTO DE ESTA RESEÑA ES PROPIEDAD DE IU DE AZUQUECA DE HENARES
RESEÑA PUBLICADA EN www.iuazuqueca.org

A los ojos de cualquiera en sus cabales esta ceguera demostraría que los esquemas interpretativos de los economistas oficiales eran inútiles en términos científicos y dañinos en términos sociales. Puras tonterías a granel servidas para distraer a los ciudadanos mientras se les expropiaba su riqueza.

Pero por si con esto no fuera suficiente, esos mismos economistas que nos engañaron y que pusieron la profesión a la altura del barro, una vez pasada la primera borrasca destructora, impertérritos, siguen abrumándonos con las mismas doctrinas engañosas y desmentidas por los hechos como si aquí no hubiera pasado nada, aconsejándonos que desfilemos directos al abismo social acompañados por una fanfarria de recortes sociales y de explotación sin precedentes.

Y aún hay más. Tengo por seguro que estos economistas periclitados son incapaces de explicar cómo funciona realmente la economía y que sus fórmulas matemáticas no son más que evasión y absurdo. Su incapacidad interpretativa se debe a que su conocimiento de la realidad es muy fragmentario, cosa imperdonable desde un punto de vista académico o, lo que es aún peor, interesado, encubridor doloso de los hechos para beneficio personal. En afortunada ocurrencia del injustamente olvidado Ramón de Garciasol, todos estos doctores en disparates nos necesitaban “indefensos ante el sinapismo de la mentecatez.” Y así dispusieron a la inmensa mayoría de los ciudadanos, anestesiados, descompuestos y listos para el despiece general que se avecinaba. ¿Les dejaremos tener razón?

Emilio Alvarado Pérez